

tros deberes hemos faltado á la caridad fraterna que debe reinar entre los cristianos como hijos de un mismo Padre, os suplicamos os digneis perdonarnos por un efecto de vuestra infinita misericordia, y escuchad las voces con que en prueba de nuestro arrepentimiento os decimos: *Señor mio, Jesucristo, etc.*

## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

**El pensamiento de las penas que en el [infierno] sufren los condenados, es de grande utilidad para hacernos apartar del pecado y practicar la virtud.**

*Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.*

Ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca.

Joan. cap. XI, v. 20.

*Et ibunt hi in supplicium æternum.*

E irán estos al suplicio eterno.

Math. cap. XXV, v. 46.

Acababa de obrar Jesucristo el gran milagro de la resurreccion de Lázaro, el cual produjo felices resultados en muchos de los judíos que lo presenciaron, pues que creyeron en él; mas algunos otros fueron á contar á los fariseos lo que Jesus habia hecho. ¿Y qué efecto creereis que causó en ellos la narracion de tan estupendo acontecimiento? ¿Acaso que reconocerian el gran poder del Nazareno? Escuchemos el trozo del

Evangelio que se acaba de cantar, y conoceremos que de todo era capaz la malicia que reinaba en sus corazones. « Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio y decian: ¿Qué haremos, porque este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así creerán todos en él, y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nacion. Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabeis nada ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca. Mas esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo Sumo Pontífice aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion, mas tambien para juntar en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así, desde aquel dia pensaron cómo le habian de dar la muerte. Por lo cual no se mostraba ya Jesus en público entre los judíos, sino que se retiró á un territorio cerca del desierto, á una ciudad llamada Ephrem, y allí moraba con sus discípulos. Estando cerca la Pascua de los judíos, muchos de aquella tierra subieron á Jerusalem antes de la Pascua para purificarse. Y buscaban á Jesus y se decian unos á otros en el templo: ¿Qué os parece de que no haya venido á la fiesta? Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habian mandado que si alguno sabia en donde estaba lo manifestara para prenderlo.»

Tal es, mis hermanos, el testo evangélico de este dia, que es una demostracion clara á todas luces de la perfidia de los judíos. El hecho portentoso de la resurreccion de Lázaro, debia haberles hecho reconocer en Jesucristo al Mesías verdadero: pero esto no les acomodaba. Si dejamos, dicen, á este hombre que siga

predicando y haciendo milagros, todos creerán en él y no en nosotros; le reconocerán por rey, y los romanos vendrán sobre nosotros y nos estermiarán. Es claro que no hablaban con sinceridad, siendo muy extraño este modo de discurrir en los que esperaban un Mesías, que segun su opinion, los habia de restituir á su antigua libertad, despues de haberlos hecho triunfar de todos sus enemigos. Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año, en las espresiones que dirige á los del concilio, nos demuestra la necesidad del sacrificio de Jesus. Dios que acostumbraba á hablar á su pueblo por boca del sumo sacerdote, puso en esta ocasion en movimiento la lengua de Caifás para que pronunciase un oráculo, para que hiciese una profecía cuyo verdadero sentido estaba muy lejos de comprender. «Ni penseis, dice, que conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca: *Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.*» En efecto: aunque Caifás hablaba en el sentido de que era necesario dar muerte á Jesus para evitar el que fuera proclamado rey, y que viniesen sobre ellos los romanos, declaró sin comprenderlo el misterio de la redencion, pues que era necesario que Jesucristo muriese si se habia de salvar la humanidad. Las reflexiones hechas por Caifás, quitaron todo escrúpulo á los judíos, y así sin necesidad de otro exámen le declararon reo de muerte, y desde entonces solo pensaron en el medio de prenderle para llevar á cabo su criminal designio.

Ahora bien, mis señores; siendo necesario como hemos dicho, que Jesucristo se entregase á la muerte, si las puertas del cielo habian de abrirse para la desdichada posteridad del Padre prevaricador, fué tanto

su amor que se entregó por nosotros á los tormentos y á la muerte. En verdad que podemos darnos el parabien, toda vez que rotas las cadenas de nuestra esclavitud, somos de nuevo herederos del reino de los cielos. Mas no por eso debemos vivir descuidados y sin vigilancia. Cuando el Señor dijo en la Cruz «todo está consumado» no quiso decirnos, como cree Lutero, que nada teníamos que hacer por nuestra parte habiéndonos redimido con su sangre. Nos dijo sí que habia consumado la obra para que habia sido enviado, ofreciendo un sacrificio aceptable en las aras de la divina justicia; pero por parte del hombre quedaba el hacerse digno de los frutos de la Redencion.

Cristianos: la Redencion se ha efectuado: Jesucristo ha hecho cuanto podia hacer por el hombre; pero si bien están abiertas las puertas de los cielos para aquellos que fieles á sus mandatos se aprovechan del fruto de su preciosa sangre, han quedado tambien abiertas las puertas del infierno para aquellos que llenos de malicia como los escribas y fariseos, niegan al Salvador el homenaje de obediencia y respeto que le es debido. El evangelista San Mateo, al hacernos la pintura del juicio, nos habla de los réprobos, de aquellos que se separaron del camino de la caridad, y pronuncia estas terribles espresiones: *Et ibunt hi in supplicium æternum*: é irán estos al suplicio eterno.

Ya que desde que dimos principio á las predicaciones cuaresmales, venimos enseñando todas las virtudes, y exhortándoos á su práctica como único medio para conseguir el cielo, me ha parecido oportuno, para que con más empeño os decidais á volver las espaldas á los halagos y seducciones del mundo, hablaros hoy de las penas del infierno, y así propongo que *el pensa-*

*miento de las penas que en el infierno sufren los condenados, es de grande utilidad para hacernos apartar del pecado y practicar la virtud.*

Para que este discurso produzca en vosotros saludables efectos, imploremos los auxilios de la Divinidad, que prontamente vendrán á nosotros, si interponemos la mediacion de la Santísima Virgen, para lo cual la saludaremos llena de toda gracia. *Ave María.*

#### PARTE ÚNICA.

Cuando considero en la maldicion que de lábios del mismo Dios ha de caer sobre el réprobo; cuando leo aquellas terribles palabras de que se valdrá el Señor para pronunciar la sentencia de los pecadores en el dia del juicio: *Discedite á me maledicti in ignem æternum*, no puedo menos de estremecerme, y saltan á mi vista todas las debilidades y flaquezas de mi mísera existencia. ¿Quién se hallará justo en la presencia de Dios? ¿Quién podrá decir: cumplí exactamente con todos los deberes del cristiano, y mi conciencia se halla libre de remordimientos? ¿Quién será capaz de afirmar que se ha aprovechado de la sangre preciosa que Jesucristo vertiera en el árbol de la Cruz? ¡Ah! que los varones mas justificados, los mas ilustres penitentes, los mas austeros anacoretas temblaron en medio de su penitencia y maceracion, á la sola consideracion de que podrian perderse y llegar á condenarse, mientras que distraidos nosotros y ocupados en los negocios del mundo, en todo pensamos menos que en poner los medios para no naufragar en el proceloso mar de las pasiones. La existencia del infierno con la que no están conforme los impíos, porque á su modo de obrar no conviene que lo

haya, es de fé, como lo es que hay una gloria, recompensa para los justos, y como lo es tambien que hemos de morir y ser juzgados. De mil sofismas sírvense los filósofos para combatir el dogma del infierno, diciendo que no es conforme á la grandeza y bondad de Dios el castigar con fuego eterno á las criaturas, ó bien que estando todos redimidos por Jesucristo, á ninguno pueden cerrarse la puertas del cielo.

Estos argumentos condenados por la Iglesia no tienen fuerza alguna, y por el contrario nada veo yo mas en conformidad con la justicia de Dios que la existencia del infierno. ¿Cuánto costó nuestro rescate? ¿Cuántos tormentos hubo de sufrir el Salvador por abrirnos con su cruz el cielo? Pues bien, este Redentor amabilísimo nos dejó una ley, y nos ofreció premios eternos por su observancia, amenazándonos con castigos igualmente eternos, si nos hacíamos rebeldes á la observancia de su ley. ¿Y qué cosa mas justa? ¿Os parece que obraria el Señor en justicia recompensando del mismo modo al siervo fiel que pasó su vida en la mortificación y penitencia, que obró justicia y practicó caridad, que aquel otro que pasó los dias de su mísera existencia entregado al desenfreno de sus pasiones, obrando iniquidad y practicando obras de perdición? Comparad la vida cristiana y mortificada de esa religiosa que volviendo las espaldas á los encantos de la sociedad, encerrándose en un cláustro para vivir sin distracciones en union de su Dios, con la que observa esa mujer mundana, que no teniendo otro altar que el espejo, se adorna con profusion para aprisionar en sus redes á los incautos, y para quien son pocas las horas del dia para dedicarse á sus devaneos y locuras, á sus galas y sus amores. Comparad las costumbres

de aquel honrado padre de familia, cuya ocupacion es instruir á sus pequeñuelos en la ley de Dios, en enseñarles á practicar la caridad y misericordia para con los pobres, y en proporcionarles con su trabajo el necesario sustento, con aquel otro padre escandaloso que careciendo de creencia, enseña á sus hijos á practicar el vicio y á seguir los caminos de la maldad, con lo que consigue hacerlos no solamente aborrecibles á los ojos de la sociedad, sino lo que es mas á los de Dios. ¿Creeis que deberán ser recompensados del mismo modo? Desengañaos, cristianos, si la virtud ha de ser recompensada, la maldad debe ser castigada; y esto como dije, es muy conforme á la justicia de Dios.

Lo que causa admiracion, y es digno de notarse que sabiendo esta verdad los hijos de la Iglesia, y conociendo como no pueden menos de conocer todos los muchos peligros que el mundo presenta, y los grandes escollos de que estamos rodeados, vivan con tanta tranquilidad, engolfados en el mal obrar, y confiados en que se librarán del infierno, por unas tibias oraciones que diariamente dirigen á Dios, y que no pueden ser aceptadas porque no proceden del corazon. ¡Engaño funesto! ¡Ardid maldito de que se vale el enemigo de nuestras almas, para tomar posesion de nuestro corazon y conducirnos á sus lóbregas mazmorras!

Es una verdad, que habiendo Jesucristo muerto por todos, no quiere que ninguno se pierda, y á todos llama por el camino de la salvacion: pero nos advierte que siendo muchos los llamados, son pocos los escogidos. ¡Gran Dios! ¡Seremos nosotros de ese corto número, ó formaremos parte de la multitud que siendo